

Autodidacta

Número 5, primavera 2003



Contenidos:

Artículos:

- Repensando el aburrimiento..... 2
- Basura en el alma, por Frei Betto..... 4
- El televisor..... 5
- ¿Es el sufrimiento de nuestra sociedad nuestro legado a la infancia?, por Yolanda González..... 6
- “Mi mamá y yo a veces no nos entendemos”, por Yolanda González..... 8
- Instantáneas, por Javier Herrero..... 10

Correo electrónico: ojodeagua@telefonica.net

Página web: www.ojodeagua.es

Artículos

Repensando el aburrimiento

De "Growing Without Schooling" #132, p. 17 (Recopilado por Javier Herrero)

Nada encaja

Eli Mantell (NY)

Pienso que el aburrimiento llega cuando quiero hacer algo y no puedo, de modo que ninguna otra cosa me parece adecuada. Por ejemplo, he leído los tres libros de Harry Potter y tengo ganas de más, pero no hay más. De modo que tengo que hacer otra cosa. No hay otros libros que me gusten tanto como los de Harry Potter, de modo que la lectura está descartada. Salir me parece un sinsentido: no resulta demasiado imaginativo o aventurado. El problema es que tengo la mente dispuesta para comenzar algo para lo que estoy preparado, pero nada encaja y no sé que hacer conmigo.

Cuando estoy aburrida, normalmente hago alguna cosa absurda como botar o golpear una pelota o subirme a un árbol o hacer una nueva baraja de Pokémon. Después, cuando termino, a veces he salido del aprieto. Lo he superado. Es como si me olvidara. Creo que actividades como éstas pueden ayudar a librarse esa energía incansable.

Los padres pueden hacer las cosas mejor o peor. Por ejemplo, si estoy aburrido porque quiero ver a algún amigo y nadie está disponible y mamá me sugiere "¿Por qué no lees Tom Sawyer?" Eso no va a ayudar. No quiero leer un libro en ese momento, especialmente uno lento. De hecho, una sugerencia como ésa puede hacerme sentir como si no hubiera una oportunidad para poder encontrar lo que tengo que hacer, ¡porque incluso ni a mamá se le ocurre algo bueno que hacer! Si los padres quieren ayudar, deben descubrir el tipo de cosa que el chico quiere hacer. Deben preguntar cosas como "¿Quieres hacer algo más activo o prefieres algo más relajado?", antes de sugerir nada. La mayor parte del tiempo, los chicos pueden asumir su propio aburrimiento por sí mismos y los padres no necesitan meterse en ello a menos que se les pregunte.

Salir de mí misma

Elisabeth Michalak (Colorado)

La mayor parte del tiempo no estoy aburrida. Aunque puedo aburrirme sin importar cuantas cosas interesantes pueda haber. Normalmente, si estoy trabajando en un proyecto que no llego a terminar o leyendo un mal libro, suelo caer en un estado en el que ninguna opción parece divertida. Nada me resulta una buena idea. Entonces, me aburro porque, supuestamente, no hay nada que hacer.

No es una buena idea intentar y comenzar otro nuevo proyecto en ese momento, porque tengo muy poca paciencia. En la mayoría de las ocasiones, las sugerencias de mi madre o mi hermana me ofrecen algo contra lo que oponerme porque me encuentro en un punto tal que nada me

suenan bien. Pero en algún momento algo de lo que dicen me hace pensar: "¡Sí, es exactamente lo que quiero hacer!" (Creo que es estupendo que los padres hagan sugerencias sólo si se les pregunta.) O quizá se me ocurrirá algo a mí misma ¿El qué? No creo que importe de verdad, sólo algo que pueda sacarme de mí misma. Estar fuera, salir de casa o estar con otras personas. Cuando estoy con mi madre y mi hermana, a veces voy a visitar a mi padre a la tienda. A él le gusta y me ayuda a salir de ese estado de queja egocéntrica.

Un problema de actitud

Jeremy Joung (AZ)

Para mí, la definición de aburrimiento como la ausencia de algo que hacer es demasiado estrecha. Creo que es una parte, pero cuando estoy aburrido, normalmente hay muchos proyectos, desafíos e investigaciones esperando a ser abordadas. El problema real es que no quiero hacer ninguna de esas cosas. Hay un problema más complejo que, simplemente, descubrir qué hacer. Cuando mi aburrimiento es mayor, entonces es que hay un problema de base con mi actitud.

El personaje principal del libro *Catundra* de Stephen Cosgrove tiene un problema similar con una mala actitud. A Catundra, una gata, le toman el pelo otros animales diciéndole que está gorda. Ella se siente fatal y piensa tontamente que puede crear emociones más felices comiendo en exceso: esto, por supuesto, solo ensancha su cintura.

Mi aburrimiento se presenta de una manera muy similar. Comienza, como la inseguridad de Catundra, con un sentimiento de tristeza en este caso el bajón tras haber terminado algún proyecto que me absorbió intensamente, una competición de piano o un libro envolvente, por ejemplo. También, como Catundra, a veces tomo decisiones tontas sobre lo que me hará sentirme mejor. Tales tiritas, como ver la televisión y pedir a mis padres que me entretengan suenan bien antes de intentarlas, pero me dejan con el mismo sentimiento de bajón y con un ansia de más entretenimiento.

Cuál es entonces el mejor antídoto contra el aburrimiento. Según mi experiencia, la parte más importante es simplemente hacer alguna actividad específica que me saque de ese estado de infelicidad: comenzar un nuevo proyecto o un buen libro o incluso ir dar por una vuelta por el patio trasero. Necesito tener una experiencia en la que tomar parte activa; sentarme pasivamente a ver la televisión no me suele ayudar. Mis padres pueden ayudar animándome y apuntando en la dirección adecuada, pero no pueden arreglarlo con una lista de proyectos o ideas para entretenerme. De hecho, esa clase de ayuda en realidad me impide a encontrar actividades por mí misma.

La otra parte importante del cambio es mi humor; cambiar mi actitud tomando una decisión consciente de disfrutar de cualquier cosa que este haciendo. Me sorprende que difícil es; no me resulta fácil.

Sin embargo, no puedo enfatizar este cambio suficientemente. Cuando soy capaz de disfrutar simplemente de respirar aire fresco, siempre me siento ligero y feliz. Y esta felicidad aumenta cuando siento que he vencido mi aburrimiento.

Basura en el alma

Frei Betto (Recopilado por Xavier Más-Masià)

Hablamos mucho de desechos orgánicos, químicos, etc. y también de la importancia del reciclaje, pues en la naturaleza, como ya observó Lavoisier, nada se pierde, todo se transforma.

Quiero llamar la atención sobre el desecho que corroe el alma: ciertos programas de la televisión abierta.

Cuando yo era adolescente y me dirigía al Centro de Belo Horizonte, mi padre me recomendaba no pasar por ciertas calles, donde estaba la zona bohemia. ¿Cómo decirle eso hoy a su hijo? A él le basta con apretar un botón y ya tiene instalado el burdel en el cuarto o en la sala. Pornografía y violencia: ésas son las fórmulas hipnotizadoras del entretenimiento.

Cultura es todo aquello que engrandece el espíritu y la conciencia. Crea discernimiento y sirve de antídoto al consumismo. Por eso, la televisión abierta prefiere emitir entretenimiento, que seduce los sentidos y no acrecienta en nada la subjetividad. El domingo, pues, es el *Día Nacional de la Imbecilización General*. Y lo peor es que nos avisan: "¡Salte de abajo!" Y la gente no sale. "¡Cuidado, alta tensión!" Y la gente queda pegada en la red. Y el lunes andamos todos con resaca espiritual.

Urge promover una campaña nacional de *despolución* televisiva. Una encuesta de la UNICEF divulgada en mayo del 2002 reveló que los jóvenes brasileños pasan casi 4 horas al día ante la televisión. ¡Casi dos meses por año! ¿Y qué valores asimila, qué espíritu crítico, qué paradigmas, qué educación de la subjetividad?

Es hora de que la sociedad civil intervenga en la calidad de la programación televisiva, comenzando por presionar a las empresas patrocinadoras. Poco adelantan nuestros esfuerzos para formar ciudadanos si la televisión abierta sólo quiere oír hablar de formar consumidores. La basura en el alma contamina y es capaz de *imbecilizar* a toda una nación.

(21 febrero 2003. Traducción de José Luís Burguet)

El televisor

Recopilado por Xavier Más-Masià

Señor, esta noche te pido que me conviertas en televisor. Quisiera ocupar su lugar para poder vivir lo que él vive en mi casa.

- Tener una habitación especial para mí.
- Congregar a todos los miembros de mi familia a mi alrededor.
- Ser el centro de atención al que todos quieren escuchar, sin ser interrumpido ni cuestionado.
- Que me tomen en serio cuando hablo.
- Que se creen todo lo que digo.
- Sentir el cuidado especial e inmediato que recibe el televisor cuando algo no le funciona.
- Tener la compañía de mi papá cuando llega a casa aunque venga cansado del trabajo.
- Que mi mamá me busque cuando esté sola y aburrida, en lugar de ignorarme.
- Que mis hermanos se peleen para estar conmigo.
- Divertirlos a todos aunque a veces no les diga nada.
- Vivir la sensación de que lo dejan todo por pasar algunos momentos a mi lado.

Señor, no te pido mucho. Todo esto lo vive cualquier TELEVISOR en cualquier hogar.

¿Es el sufrimiento de nuestra sociedad, nuestro legado a la infancia?

Yolanda González

Una mirada retrospectiva rápida, permite afirmar que todas las etapas de la historia de la humanidad, están inundadas de mayor o menor sufrimiento en diversas áreas de la vida.

En todas las épocas conocidas, la actitud destructiva del ser humano ha estado presente bajo múltiples justificaciones históricas a través de guerras, colonizaciones, imperialismos, etc. destapándose los rasgos de carácter más oscuros y cuestionables del ser humano: rasgos que entrañan desprecio, poder e ignorancia de unos pocos sobre la mayoría, de los denominados "fuertes" sobre los más "débiles" en aras de ideales perversos que degradan a nuestra especie frente a cualquier otra del reino animal.

Como una realidad y también una forma de paliar nuestras conciencias, miramos los logros de nuestra especie caracterizada por una gran potencialidad para la realización de asombrosas creaciones en todos los ámbitos de la ciencia, la cultura y el desarrollo. La ciencia, nos descubre universos desconocidos y nos deslumbra con sus posibles aplicaciones en todos los ámbitos de nuestra existencia, aunque no siempre respetuosas con las leyes de la naturaleza.

¿Por qué ante tanta potencialidad creativa humana, se contraponen una fuerza tan destructiva, disfrazada de guerras tribales o imperialistas según las épocas? ¿Qué ocultas emociones empujan al ser humano a despreciar la Vida en su sentido más amplio?

Podemos quedarnos en este análisis, refugiándonos en un "siempre ha sido así". O recurrir a los análisis políticos (sobre el actual imperialismo feroz liderado por Bush, las multinacionales y un largo etc.) que no por necesarios son en sí mismos suficientes. O ir más allá, tratando de adentrarnos en las emociones humanas que se encuentran en la antesala de los conflictos.

El imperialismo no sólo afecta a los pueblos: también impregna desde hace demasiado tiempo, el mundo emocional de los seres humanos desde la más tierna infancia. En todas las esferas de nuestra vida cotidiana, la llamada razón (demasiadas veces "sinrazón"), se impone sobre la emoción, ahogando su expresión como vehículo de comunicación. Se presentan como antagónicas, capacidades que son complementarias, en un intento fallido de hacer del niño-a un ser "fuerte" capaz de afrontar los sinsabores de la vida, ahogando desde la raíz y de muchas formas, su anhelo de vivir. ¿Cuál es el resultado, si observamos el funcionamiento de nuestra sociedad? Salvo gozosas excepciones, en general y con diferentes grados conseguimos un adulto duro, que no fuerte, insolidario, que ya no se escandaliza ante tanta destructividad y que se encuentra sumido en la impotencia ante la injusticia y sufrimiento humano.

¿Cuál es el origen? El carácter de cada uno de nosotros, se forma en los primeros siete años de vida. Durante esta etapa crucial del desarrollo psicoafectivo, se forman las bases de la futura personalidad adulta. La percepción del mundo interno y externo, depende en gran medida, de esos

primeros años de vida y de cómo se haya conformado el universo emocional desde el ambiente familiar y escolar. De ahí la importancia de un profundo abordaje preventivo.

Las emociones destructivas, que conllevan desprecio, deseo de poder y humillación de unos sobre otros, tienen su origen en la vivencia de la frustración afectiva durante los primeros años de vida. Los grandes dictadores, tanto a nivel político como a nivel familiar, han sido niños-as desprovistos del más mínimo respeto por sus necesidades de atención, afecto y consideración cuando tan sólo eran unos bebés que reclamaban unos brazos ante su llanto desesperado o unos niños-as asustados ante la autoridad paterna o escolar.

Las revoluciones sociales, son siempre un fracaso si no conllevan una revolución interna familiar, que consoliden los cambios externos. Reproducimos permanentemente, modelos autoritarios o demasiado permisivos pero carentes de calidad humana en ambos casos. Perpetuamos de padres a hijos, la ausencia de ese vínculo afectivo seguro, cálido y firme, tan necesario en la primera infancia, único antídoto ante la barbarie y destrucción humana.

Sólo preservando el derecho a un desarrollo emocional saludable desde el inicio de la vida y durante la etapa crítica de la infancia, podremos frenar este viaje colectivo hacia la locura. Y para ello, nos debemos de cuestionar profundamente, si nuestro ritmo de vida, nuestras prioridades como padres y madres y educadores, están acordes con las necesidades de los más vulnerables: los niños-as. No se trata de amoldarles a ellos a nuestro ritmo deshumanizante, sino desacelerar el nuestro, contactando con sus necesidades.

La ciencia, el avance tecnológico occidental, ha cometido un grave error: abandonar el cuidado de la primera infancia, como única medida preventiva capaz de evitar cualquier desastre posterior a nivel micro-familiar y macro-social.

No se trata de buscar medidas preventivas en la adolescencia, o paliativas ante el maltrato familiar. No se trata de parchear.

Se trata de afrontar en profundidad un hecho palpable: nuestra especie está caminando hacia la autodestrucción de su gran potencialidad humana, al mismo tiempo que arrasa el ecosistema del planeta. No podemos ignorar por mucho tiempo más, que existe una alternativa viable, constructiva y acorde con nuestro anhelo profundo de bienestar: partir de la asunción de nuestra responsabilidad como adultos ante los portadores de la antorcha del mañana: los niños-as de todo el planeta, potenciando cambios estructurales profundos y saludables.

Las madres-padres, educadores y sociedad en general, tenemos en la propuesta de la Prevención Infantil, una respuesta reflexiva ante los actuales modelos de crianza y educación, siendo beneficiarios directos los más vulnerables: la primera infancia.

“Mi mamá y yo, a veces no nos entendemos”

Yolanda González.

- ¿Cuántas veces sentimos ante un niño-a pequeño-a, que nos está tomando el pelo?.
- ¿Cuántas veces hemos pensado, que están “sordos”? ¡Qué paciencia hay que tener, en el difícil oficio de ser madre y padre!
- ¿Por qué les cuesta tanto escucharnos? ¿Por qué no colaboran?...

Estas reflexiones y sensaciones, son bastante comunes en el mundo de los adultos. Pero vaya sorpresa nos llevaríamos, si supiéramos lo que ellos sienten!

P. Por qué les cuesta tanto a los niños-as, hacer lo que les pedimos? ¿Nos están probando?.

R. Los adultos, interpretamos la conducta de nuestros hijos-as o alumnos-as, con el cristal de nuestra experiencia vital adulta, donde todo está teñido de intencionalidad. Leemos en sus actos, una “intención” como ocurre en el mundo adulto. Además estamos convencidos que nosotros “sabemos” y ellos “no”. Y ahí comienza una batalla a veces desesperante por hacernos entender, que acaba en más de un llanto y pataleta cuando no en enfados e impotencia. Es decir, en disarmonía que es precisamente lo que menos deseamos.

P. Pero a veces da la sensación que no quieren aprender de la experiencia. Por ej., cuando todas las mañanas son un suplicio porque se entretiene con cualquier cosa y no le da tiempo ni a desayunar para ir al *cole*. Y no hay forma de que lo entienda.

R. Podríamos narrar cien mil experiencias similares, y conocer tantas respuestas como personas, que a veces funcionan y otras no, con el objetivo de que nos hagan caso como son, las amenazas, los castigos, etc. Pero el problema seguiría sin solucionarse satisfactoriamente. Si queremos una relación positiva, basada en cierta armonía y no en batallas cotidianas donde hay ganadores y perdedores, tenemos que cambiar radicalmente el “chip” como adultos, viendo su conducta con los “ojos de niño-a”, para entender qué pasa en sus corazones y sus cabecitas.

P. Entonces, quizá somos nosotros quienes no l@s entendemos?

R. Ese es el punto de partida. Somos nosotros-as los que debemos de ponernos a su altura, y no ellos a la nuestra. Tenemos bastante desconocimiento sobre el mundo infantil: olvidamos demasiado a menudo que ell@s, se están formando, que son inmaduros, y que están aprendiendo día a día. A veces les pedimos respuestas que ell@s viven ajenos a su edad. Y los pequeños-as, a veces se sienten incomprendidos con nuestro enfado cuando no hacen lo que queremos. Es como pedirle a un niñ@ de 6 meses que camine o hable como si tuviera 3 años. No corresponde a su edad madurativa.

P. Sin embargo, el mensaje de “desayuna que hay que ir al cole” o “lávate los dientes para ir a la cama”, parece muy sencillo como para ser entendido.

- R. Claro!. Y es que antes de los 3 añitos, entienden perfectamente el discurso verbal. Pero no la lógica que para los adultos tiene. Y comprender esto, es crucial, para que no interpretemos que nos desobedecen, nos provocan y todas esas atribuciones que acostumbramos a adjudicarles.
- P. ¿Podrías ampliar este planteamiento?
- R. El mundo adulto y el infantil, son por naturaleza opuestos: los pequeños-as aprenden jugando, para ellos todo es posible, viven en la fantasía. Nosotros, funcionamos desde la realidad y generalmente desde nuestros deberes. Esto es lo esencial: desde que nacen hasta los tres-cuatro años aproximadamente, están regidos por el denominado principio del placer. ¿Qué significa esto?. Que para crecer sanos, sólo viven para jugar y para la expansión. Puede que recojan por imitación los juguetes, pero no lo integran como algo lógico en su vida. A partir de esa edad, y muy poco a poco, empiezan a asumir que además de jugar hay que hacer otras cosas que no gustan tanto. Pero lo hacen con ayuda del adulto. Eso es fundamental. Para ningún pequeño-a "el deber" tiene el sentido que para el adulto. Se lo tenemos que "recordar". No porque sean tontos, sino porque son pequeños-as. Por que sus necesidades y las nuestras no tienen nada que ver. Mucho más lentamente de lo que deseáramos, van asumiendo responsabilidades en su corta vida, pero esto es realmente difícil para ellos-as antes de los 6-7 años, edad en la que finaliza la formación de su carácter.
- P. Cómo podemos llegar a entendernos?
- R. Lo primero de todo, cambiando el "chip", y no leyendo en sus actos malas intenciones, sino inmadurez. Lo segundo, acompañándoles con mucho cariño y paciencia en las "labores" cotidianas que tengan que ver con el aseo, comidas, vestirse, etc. Los peques, si pudieran, pasarían de todas esas "obligaciones", porque para ellos no tienen el mismo valor que para nosotros-as. Lo tercero, recordando cómo nos sentíamos cuando nuestra madre o padre, nos reñían, gritaban, pegaban o amenazaban por no "hacerles caso", cuando nuestra única intención, era seguir jugando. Y por último, y lo más importante pero difícil por falta de práctica: acostumbrándonos a relacionarnos en base a "acuerdos" y no tanto en "órdenes" del que sabe hacia el que "no sabe", puesto que esa no es la mejor forma de acompañar en el crecimiento y en la exploración de la vida, a lo que más queremos, nuestros hijos-as.

Instantáneas

Javier Herrero

“Oye, Javier, ¿a ti te gusta trabajar con las herramientas?” La voz surgía a mis espaldas entre martillazos. “Bueno”, contesté sin volverme, “estoy aprendiendo”, respondí, mientras construía un puzzle de madera, consciente de mi escasa habilidad manual. Un par de martillazos después, de nuevo la voz de seis años declaraba: “¡¡A mí me encanta trabajar con las herramientas!!” Esta vez sí que me volví. Había algo en la voz de ese chico... Ahora sé lo que era: ¡¡Pasión!! Los signos de admiración no hacen justicia al tono empleado para declarar ese gran amor. Los martillazos continuaban con la misma energía, con la misma pasión que se escapaba a raudales por su voz.

Quizá sería interesante relatar de qué manera llegaron las herramientas a nuestro ambiente. Creo que es una bonita historia que puede reflejar aspectos interesantes sobre esta aventura educativa que estamos compartiendo. Fue al inicio de instalarnos en el terreno. Yo acostumbraba a llevar mi caja de herramientas siempre conmigo y casi ningún día faltaba ocasión para utilizar parte de su contenido. Y H. siempre estaba allí. Siempre revoloteando alrededor. Siempre observando. Husmeando. Siempre pidiendo permiso para utilizar este o aquel instrumento. Siempre preguntando: “¿Para qué sirve esto?” Yo le concedía el permiso de utilizar mis herramientas, condicionado a que sólo las utilizara él y a que después las devolviera al lugar en que las encontró. Y siempre cumplía. Hasta que un día, una persona adulta le vio manejando un serrucho. Hasta ese momento (en realidad, hasta hoy mismo) ningún accidente se ha producido en el manejo de herramientas, salvo pequeños golpes en los dedos. Además, mi percepción era que H. seguía puntualmente las recomendaciones de uso que le iba explicando. No obstante, alguien solicitó a la Asamblea que no se permitiera utilizar mis herramientas, dado que eran peligrosas para ser utilizadas por niños pequeños. Encontramos un juego de herramientas para niños y lo adquirimos. Pusimos reglas y todos y todas se abalanzaron sobre ellas las primeras semanas. Transcurrido algún tiempo, la novedad dejó de serlo. Pero algunos volvían sistemáticamente a las herramientas. En la cabeza de H. bullían los proyectos. Sólo que siempre solicitaba a algún adulto que le hiciera el trabajo y cuando el adulto se ocupaba en ayudarlo al desarrollo de tales proyectos, H. se quedaba extasiado mirando hacia otro lado o se interesaba por otra actividad dejando que el adulto de turno le hiciera el trabajo. Alguien dijo que H. siempre “necesitaba a un adulto haciéndole algo.” Parecía evidente que lo que quería era que los adultos le hicieran el trabajo. Esto, que se menciona en dos frases que no cuesta más de 15 segundos leer, resultó ser un largo aprendizaje para los adultos y nos llevó no pocas conversaciones. Finalmente, en lo que a mí tocaba, decidí atender a los deseos de H. siempre que estuviera presente, atento y participativo. En caso contrario, pararía de trabajar en “su” proyecto. Por otro lado, algunos de los proyectos que solicitaba H. estaban fuera de sus propios límites e incluso de los límites de cualquier adulto (por ejemplo, hacer una excavadora de madera ¡¡a tamaño natural!). Encontrarse con la imposibilidad de realizar esos proyectos inalcanzables y fuera de sus propias

posibilidades no debió resultar nada fácil para H. ¡Tampoco lo era para mí presenciar la frustración que percibía que estaba experimentando. Finalmente, un día, H. me llamó y me dijo que me acercara a la mesa-taller. Me dijo: "Necesito que me ayudes." Yo esperaba que me pidiera que le hiciera algo para él, pero me sorprendió: "Quiero que sujetes estas maderas así", ordenó, colocando dos maderas en ángulo recto. Así lo hice. Luego otras dos. Así, hasta que terminó una construcción de madera. "Es un avión de guerra", declaró orgulloso sin que nadie le hubiera preguntado. "Lo he hecho yo solo." La satisfacción era evidente en su rostro, en su sonrisa. Desde entonces, H. ha construido montones de aviones de guerra para él y sus amigos, sólo o en equipo con otros. Lo último es un avión musical con antena incluida. También quiere construir un coche con motor que funcione de verdad... Estoy pensando en invitarle a visitar una fábrica de coches de verdad. Sobre las herramientas, después de las de juguete, compramos herramientas de mediana calidad, pero se rompen. De modo que hemos aprendido que necesitamos herramientas reales.

Desde hacía algún tiempo, S. venía demostrando interés por las letras. Ya el año pasado, por ejemplo, durante una visita a una alfarería le descubrí observando atentamente, absorto, un expositor con todo un abecedario de letras de barro. Después, S. comenzó a preguntar cuál era esta o aquella letra y pedía que se la escribieran ¡en el aire! Al principio, el primer impulso era escribirla en el papel, pero entonces S. se enfadaba. De modo que nos acostumbramos a escribir letras con nuestros dedos y sin tinta. En realidad, nadie sabe cómo S. pasó de dibujar buñuelos a pintar letras. Ese es un misterio que nunca seremos capaces de descifrar. El caso es que nos encontramos poco tiempo después con que S. comenzó a pedir que le mostráramos cómo se escribía esto o aquello. Incluso llegó a pedir en un momento dado clases de escritura (que nunca han llegado a cuajar y que parecen innecesarias, puesto que el impulso de escribir se le despierta en cualquier momento y en cualquier lugar). Un día, S. hizo una propuesta. Yo le indiqué que lo que procedía era hablarlo en la Asamblea y que para eso había que apuntarlo en el orden del día. "Vamos", me dijo. Se sentó en la mesa grande y me sugirió: "Tú me dices que letras son y yo las escribo." Así, fui diciéndole letra a letra. Al llegar a la ese, intentó copiarla, pero al ver el resultado exclamó: "Es que ésta no me sale porque tiene muchas curvitas." Mientras terminaba de recoger, oí la voz de S. que me llamaba muy alterado. Me acerqué lo más velozmente que pude esperando algún pequeño desbarajuste. Pero me encontré con S. que exclamaba: "Me ha salido; mira, me ha salido," al tiempo que señalaba una ese pintada en un papel. Últimamente, S. está interesado en los diversos tipos de letras. El otro día se le ocurrió preguntar cómo se escribiría su nombre con letras cuadradas y probamos a hacerlo. También le llaman la atención las mayúsculas y las minúsculas. En una ocasión reciente, solicitó que escribiera su nombre. Luego, me pidió que escribiera alguna otra cosa: lo que yo quisiera. No sabía que escribir. Le pregunté qué quería él, al igual que en otras ocasiones en que decía palabras y yo las escribía, pero insistió en que lo que yo quisiera. Miré el papel, vi su nombre escrito y no se me ocurrió otra cosa que escribir palabras que contuvieran sólo las letras de su nombre.

Salieron seis o así y S. se quedó muy sorprendida de ese detalle. Creo que le resultó curioso.

Estas no son más que dos anécdotas. Pero son significativas de cómo se produce el aprendizaje. Sin inducción de ningún tipo. Sin propuestas. Espontáneamente. Simplemente, respondiendo a los intereses que van demostrándose. El aprendizaje es un milagro que se produce sin que sepamos cómo se da. Ni siquiera dónde. En ocasiones, es fulminante. Cómo ese niño que pidió que le enseñaran a hacer el nudo de los zapatos y lo aprendió ¡¡en tres minutos!! Y todo esto es bien importante porque a lo mejor tenemos la idea preconcebida de que el tiempo en el que nuestros hijos están en el entorno que construimos para ellos tienen que aprender las cosas que “se supone” que tienen que aprender (ya sea, escribir, ya sea ésta o aquella actividad artística o cualquier otra actividad). En realidad, el aprendizaje se produce en cualquier lugar y en cualquier momento. Y es decisión de los niños qué vivencias -qué aprendizaje- desean desarrollar en las cuatro horas que pasamos juntos y cuáles desarrollar en sus casas o con sus amigos. Conozco niños a los que en el tiempo que estamos juntos no han cogido un pincel y que, sin embargo, en sus casas pasan horas concentrados en decorar figuras y maquetas. Sin embargo, según podría parecer, el hecho de que los pinceles estén allí debería “despertarle las ganas”. El aprendizaje se da porque “los seres humanos son curiosos por naturaleza” y es mi convicción que cuando en una persona se desata un interés genuino es difícil -casi diría imposible- no escucharlo porque cuando quieren algo –y lo quieren de veras- insisten e insisten. Y es entonces – desde mi punto de vista- cuando los adultos debemos afrontar con toda nuestra responsabilidad la búsqueda de los medios adecuados y suficientes para calmar, satisfacer, desarrollar ese interés. La propuesta es que permitamos que sea cada uno quien defina cuáles son sus necesidades. No nos tomemos la molestia de definir las por los demás. No demos nada por supuesto. Podremos llevarnos muchas sorpresas.

N.B.: Me doy cuenta de que estas fotos-fijas, estas instantáneas, que nuestro son “educativamente correctas”, esto es, están referidas a actividades que los adultos consideramos “provechosas”, “productivas” o simplemente intuimos que “les servirán para desenvolverse en el futuro”. Sin embargo, en este mismo momento me surge la imagen de tres niñas jugando. Una, de pie, frente a las otras dos, sentadas una a cada lado de una mesa. La que está de pie, proclama: “Yo soy el avión y vosotras las torres, ¿vale?” Extiende los brazos cual si fuera un avión y se dirige hacia una de sus amigas, choca con ella, y ésta cae sobre otra silla que habían colocado detrás. La niña-avión vuelve a su posición inicial y dice: “Ahora, tú.” Y se dirige nuevamente con los brazos extendidos hacia su segunda compañera de juego. Choca con ella y también cae sobre otra silla. Pero inmediatamente se levanta y le dice: “Eh, pero no tan fuerte que yo soy más pequeña y me ha hecho daño.” Y la niña-avión, responde: “Ah, bueno, espera,” y volviendo a su posición de salida, se lanza en vuelo nuevamente sobre la segunda compañera-torre que la espera sentada en su silla y cuando está tan cerca de ella que el

contacto físico ya casi es imposible de evitar, acerca sus labios a su amiga-torre y le da un delicado y tierno beso en los labios.

Me pregunto si no estamos desdeñando el tremendo valor de la actividad espontánea de los niños –que en su mayor parte es juego- al preocuparnos sólo por proponer lo que nosotros pensamos que es lo importante e ignorar toda esa inagotable actividad que se despliega un día sí y otro también, ignorar que quizá alguno se aburre y no sabe qué hacer, pero que todos los demás están permanentemente ocupados en utilizar los recursos que estamos siendo capaces de ofrecerles (entre los que se encuentra -y no precisamente entre los de menor relevancia- un espacio y un entorno de respeto para poder desarrollar la actividad que de ellos surja espontáneamente). Para mí, el énfasis debe ponerse en la persona, no en lo material. Y la actividad verdaderamente valiosa es la que surge por propia iniciativa. Sugiero que tengamos paciencia, que nos desatemos de nuestras angustias, que miremos con otros ojos, con una mirada relajada. A mí se me abrió un mundo nuevo al otro lado del espejo cuando fui capaz de zafarme de los rígidos clichés sobre quién debe aprender qué, dónde y cuando.

Para apoyar el modelo de educación autodirigida...

...podéis suscribiros a este boletín, enviándonos vuestros datos, y así:

- nos apoyáis moralmente,
- también económicamente y
- nos posibilitais la tarea de seguir publicando en un futuro la publicación ***Autodidacta***.

Suscripción mínima: 30 €/anuales

Suscripción voluntaria (especificar cuantía): _____ €/anuales

Nombre: _____

Apellidos: _____

Dirección postal: _____

C. P. _____ Población: _____

Teléfono: _____

Correo-e: _____

Podéis realizar ingreso en la cuenta de Bankinter número:

0128-0634-36-01000014832

Una vez realizado, enviarnos una copia del justificante de ingreso, junto con este boletín cumplimentado, a:

ojo de agua - ambiente educativo

Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

Nota editorial: La revista ***Autodidacta*** es de periodicidad trimestral y tiene por objetivo la difusión y profundización en el modelo educativo que promueve ***ojo de agua - ambiente educativo***.
 Las fechas límite para la recepción de material para los próximos números son los días 15 del último mes de cada trimestre.
 Editor: Javier Herrero. Tel.: 965.583.213
 Correo electrónico: ojodeagua@telefonica.net
 Página web: www.ojodeagua.es